

cristeras michoacanas, siempre poniendo en jaque al ejército federal. Estudios recientes —a los que ya tuvo acceso Boyer— han mostrado la debilidad y precariedad con que operaban estas guerrillas, siempre rehuyendo el enfrentamiento frontal con el ejército. Boyer no precisa por qué deben aceptarse los argumentos de Meyer y no los de quienes han aportado pruebas contrafácticas.³ De igual manera, Boyer se equivoca al señalar que los dirigentes cristeros guardaban silencio en relación con la reforma agraria. Tanto en el Plan de los Altos, que resume las metas de la primera cristiada, como en el Plan de Cerro Gordo (20 de noviembre de 1934), enarbolado por la segunda cristiada (1934-1938), aparecen algunas referencias a la llamada “cuestión agraria”: formación de “comisiones para arreglar convenios entre ejidatarios y propietarios, así como procedimientos adecuados para el pago de indemnizaciones”.⁴

Finalmente, al ubicarse abiertamente en la nueva historia cultural, la obra de Boyer adolece de sus mismas virtudes y deficiencias: ofrece sugerentes y novedosas formas de localización de las dimensiones discursivas y prácticas políticas de los actores de la revolución, especialmente del modo en que se veían a sí mismos; sin embargo, aún no ha encontrado la forma de ir más allá del método del compromiso (“empatía etnográfica” con los actores) que

subraya la subjetividad. Para que la nueva historia cultural gane en objetividad, le hace falta utilizar una postura metodológica más distanciada, que sí asumía el revisionismo: atenta a la forma en que los grandes procesos arrastran a los actores en una dirección determinada, más allá de su voluntad, a la vez que les ofrecen márgenes de libertad para la acción. En mi opinión, sólo de la combinación de ambas perspectivas metodológicas, puede alcanzarse una imagen más equilibrada de la realidad.

Enrique Guerra Manzo
UAM-XOCHIMILCO

Pavel Leonardo Navarro Valdez, *El cardenismo en Durango. Historia y política regional 1934-1940*, Instituto de Cultura del Estado de Durango, México, 2005, 355 pp.

Los estudios sobre la primera mitad del siglo XX en México, tanto de la revolución como de los años de reconstrucción del Estado mexicano, han generado hasta la fecha una vasta bibliografía enriquecida notablemente con las aportaciones, cada vez más abundantes, de la historia regional, la cual ha venido a romper las interpretaciones parciales o globales de la historiografía nacional, motivando cambios sustanciales en sus perspectivas temáticas y analíticas y mostrando la pluralidad y diversidad de las distintas regiones y entidades que conforman nuestro país.

Los enfoques historiográficos regionalistas sobre este periodo de la historia de México han descubierto una variedad asombrosa de movimientos revolucionarios que existieron a lo largo y ancho del

³ Enrique Guerra Manzo, “Guerra cristera y orden público en Coalcomán, Michoacán (1927-1932)”, *Historia Mexicana*, núm. 202, octubre-diciembre de 2001, pp. 325-362.

⁴ Martha Patricia Torres Meza, “El proyecto social y político de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, 1925-1929”, tesis de maestría en Historia, Instituto Mora, México, 1998.

país. Asimismo, han modificado considerablemente la interpretación oficial y unilineal que se tenía de la revolución y de la posrevolución, al desentrañar las características asumidas en cada región o en cada entidad, y profundizar en las relaciones entre la periferia y el centro, a partir del examen de los procesos políticos, de los movimientos sociales y de los actores históricos, que desde el ámbito regional o local llevaron a cabo proyectos diferentes con respecto al centro. Gracias a estos aportes se han descubierto algunas facetas de un México desconocido y se ha empezado a trazar con mayor amplitud un nuevo mapa histórico nacional.

Por lo que respecta al estado de Durango, desde hace ya algunos años, los estudios históricos regionales sobre la entidad se han desarrollado e incrementado a través de diversos proyectos de investigación que, a partir de nuevos enfoques y perspectivas, abordan distintos procesos de la historia duranguense, y aunque estas investigaciones han concentrado mayormente su atención en el siglo XIX y en los años de la revolución, todavía son muy escasos los trabajos relativos a los años posteriores y al resto del siglo XX.

Si bien la década de los años veinte en Durango ya está siendo examinada más sistemáticamente a través del análisis del régimen posrevolucionario y de los conflictos sociales y políticos suscitados en la transición hacia la "institucionalización" del nuevo sistema,¹ todavía existe un gran rezago en la historia contemporánea de la

entidad, en la que numerosas temáticas y personajes duranguenses, con notable influencia regional, están en espera de ser estudiados.

El cardenismo en Durango. Historia política regional 1934-1940, escrita por Pavel Leonardo Navarro Valdez, es la primera obra que aborda con un marco analítico y desde una perspectiva regional los años treinta en Durango, años que habían sido tratados muy superficialmente bajo la óptica oficial y cuya historia se diluía en el gran torrente de la historia nacional, controlada durante mucho tiempo por el centralismo historiográfico. Como lo afirma el autor, las características peculiares de este periodo estaban completamente olvidadas y se ignoraba la historia de los años cardenistas en la entidad y quién había sido y qué había hecho en este tiempo el gobernador Enrique Calderón, quien sólo figuraba en algunos listados cronológicos de los gobiernos de Durango, y en el diccionario histórico, con una mínima referencia de su paso por el estado, de la que, además, y sin mayor explicación, no salía muy bien librado.

Podemos afirmar que pocos periodos de la vida contemporánea de México han llamado la atención de tantos historiadores y científicos sociales, como el cardenismo, del cual se han escrito más de medio centenar de libros generales consagrados al sexenio del general Lázaro Cárdenas. Hoy, los estudios regionales han empezado a explorar las particularidades y las características distintivas que tuvo este proceso en algunos estados de la república, dando cuenta no sólo del impacto que los eventos

¹ Véase César Navarro Gallegos, "Militares, caciques y poder. Partidos y lucha política en Durango, 1926-1929" en Graziella Altamirano (coord.), *En la cima del poder, élites mexicanas 1830-1930*, Instituto Mora, México, 1999, y "El agrarismo rojo de las lla-

nuras duranguenses. Movilización campesina y represión política en 1929", *Secuencia*, núm. 46, enero-abril de 2000, México.

nacionales llegaron a tener sobre la vida política y social de cada entidad, sino de la participación de los actores locales y los distintos ritmos que siguió cada proceso histórico.

Tomando en consideración que la historia contemporánea tiene dos lógicas complementarias entre sí, la nacional y la regional, las cuales difícilmente pueden abstraerse una de la otra, podemos afirmar que uno de los desafíos actuales para los estudiosos de la historia de México es saber cómo unir esos dos niveles. Y consideramos que eso es precisamente lo que hace Pavel Navarro con una parcela importante y desconocida de la historia del siglo XX en Durango.

A partir de una acuciosa investigación en fuentes primarias y secundarias consultadas en acervos nacionales y estatales, Pavel Navarro sigue, analiza e interpreta el pulso de la época. Descubre los entresijos de los conflictos políticos regionales, reconstruye la configuración de las clases políticas y la formación y actuación de las organizaciones sociales, y también examina y cuestiona el entorno regional, pero nunca pierde de vista el acontecer nacional y la interrelación entre el gobierno federal y el estatal. Y todavía va más allá, en cuanto al manejo de las relaciones entre el centro político nacional y las dinámicas propias, tanto del Durango capitalino como del Durango lagunero. En lo que respecta al interior del estado, el autor destaca las diferencias existentes entre la capital y La Laguna, evidenciando claramente los diversos procesos y los movimientos sociales, los cuales se manifestaron con distintos grados de intensidad y con ritmos muy diferentes, como siempre había sucedido entre las dos regiones duranguenses, resultado del desarrollo desigual que ambas

tuvieron. La situación laboral y agraria en la Laguna llegó a ser una de las más complejas del país; pese a ello, como lo afirma el autor, el manejo político orquestado por el cardenismo desde el centro del país le permitió construir una gran alianza entre las distintas organizaciones obreras y campesinas de la región lagunera, donde tuvo una mayor efervescencia el activismo sindical unificado, y donde se llevó a cabo con mayor intensidad el reparto agrario. En la Comarca aflorarían las contradicciones entre los sindicatos laguneros y los de la capital del estado.

En relación con la época estudiada, el autor afirma que siempre se consideró que "todo lo ocurrido se había adjudicado a la mano de Lázaro Cárdenas; lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño, desde el reparto agrario en La Laguna hasta el último camino vecinal", así fue etiquetado por mucho tiempo un proceso nacional que se homogeneizó en otros espacios que tenían su propia lógica y su dinámica privativa. Pero Navarro demuestra que el cardenismo no fue tan monolítico como se ha dicho, y profundiza en lo que él llama "la experiencia de un gobierno cardenista en territorio duranguense". Se adentra en la historia y en la política regional, desmenuzando el cuatrienio calderonista, no sin antes hacer una semblanza biográfica del supuesto coronel Calderón y remontarse a los antecedentes del periodo estudiado. De esta manera, nos ofrece un excelente panorama de la situación política de Durango durante los difíciles años de reconstrucción de una entidad devastada por la revolución, con la presencia de una nueva elite política emergente y la inmensa mayoría de una sociedad desilusionada e insatisfecha en espera de saldar algunas cuentas pendientes.

Navarro explica cómo Durango vivió política y socialmente los años del Maximato, en los que Plutarco Elías Calles, el Jefe Máximo, impuso sus decisiones desde el centro y en los que la reforma agraria fue insuficiente y parcial. Detalla cómo se llevó a cabo en la entidad la transición y el ascenso del régimen cardenista, a través de la construcción de nuevas alianzas y de los reacomodos políticos que se efectuaron tras la ruptura de Calles y Cárdenas, así como las pugnas y los conflictos que se desataron con la llegada de Enrique Calderón al gobierno estatal, debido principalmente a la acción de la clase política duranguense que no acogió de buena gana la imposición proveniente del gobierno federal.

Uno de los aspectos a destacar en las prácticas políticas del presidente Cárdenas, y que en el caso de Durango se percibe nítidamente, fue el buscar nuevos apoyos y realizar alianzas con los enemigos de Calles, echando mano, en este caso, de los viejos caudillos duranguenses que destacaron en la entidad durante los años de revolución, pero que habían sido relegados por el grupo sonoreense. En el libro se subraya la recuperación de estos hombres que son incorporados al aparato estatal para ocupar altos puestos y ser reivindicados por el cardenismo. Y así vemos regresar por un tiempo al divisionario retirado Jesús Agustín Castro, caudillo de la rebelión maderista en La Laguna y gobernador del estado al inicio de la década de los veinte, quien es rehabilitado y considerado como un nuevo aliado para ocupar la comandancia militar de su estado natal, cuando el presidente Cárdenas requería de militares de su confianza; poco después sería colocado por el mismo Cárdenas al frente de la Secretaría de la Defensa Nacional. También

vemos al viejo general Severino Ceniceros nombrado por Cárdenas como gobernador interino antes de la llegada de Calderón, cuando los problemas con el gobierno callista habían llegado a su punto más álgido. Ceniceros, el viejo luchador y defensor de los pueblos ocuilas despojados de sus tierras, revolucionario desde los inicios del movimiento, compañero y muy cercano colaborador de Pancho Villa mientras brilló la estrella del Centauro. Después, se amnistió y se pasó al bando de sus antiguos enemigos. Navarro afirma que el viejo general villista había logrado sobrevivir a las balas en el campo de batalla y a la vorágine política de los años posrevolucionarios, y que por su prestigio como luchador social y su participación en la formación del sindicato Agrario de Durango pudo mantenerse en la palestra política local y ocupar un escaño en el Senado en dos ocasiones. Ceniceros, sin embargo, no secundó al gobierno cardenista en las cuestiones más radicales, como la política obrera y la reforma agraria. Antes de renunciar a la gubernatura interina que ocupó por nueve meses, libraría su última batalla durante los conflictos electorales que se desataron por lo que él consideró “una afrenta del gobierno federal”: la imposición de Calderón, el “cachorro cardenista”, como lo llama el autor.

Navarro señala que la aventura duranguense de Enrique Calderón bajo la égida del presidente Cárdenas coincidió con la época más radical del régimen cardenista, y destaca que en este periodo se llevó a cabo en la entidad uno de los proyectos sociales más ambiciosos en la historia de México, del cual Calderón fue el ejecutante. Contando con una amplia base social para enfrentar a los poderosos grupos económicos de Durango, en materia agraria

el gobernador cardenista contribuyó a la transformación de la estructura de la propiedad de la tierra duranguense, distribuyéndose de manera más equitativa entre los campesinos. En la cuestión laboral, secundó la organización y lucha de los trabajadores de la entidad, que constituyeron uno de los principales soportes del gobierno calderonista, y, siguiendo los lineamientos federales, le dio un gran impulso a la educación, por lo que incrementó considerablemente el número de escuelas y maestros. Como bien lo apunta el autor, estos aspectos de la vida social del estado, como son la problemática agraria, laboral y educativa durante el cardenismo, son todavía un campo fértil para ser estudiados y analizados en futuras investigaciones.

Cabe señalar que desde una perspectiva regional, el cardenismo en Durango no estuvo exento de contradicciones. El autor concluye al presentar una serie de matices que permiten observar estas contradicciones entre el gobierno local y federal, así como el interés de este último por sujetar el movimiento social que actuaba en el país y que le había servido de soporte. Muestra clara de ello fueron los conflictos que surgieron con el magisterio y el movimiento obrero, los cuales brindaron su apoyo al amplio proyecto popular del cardenismo, pero no se sometieron dócilmente a los dictados unipersonales del poder presidencial, sino sólo mediante un proceso de presiones, cooptaciones y coerciones, en el cual las actividades de los gobiernos estatales tuvieron una importante participación con objeto de minar la fuerza de la central obrera, y transformarla en

una organización más fácil de controlar para el Estado mexicano.

El libro de Pavel Navarro contribuye, sin duda, a reparar una de tantas amnesias históricas que se han perpetuado en la historiografía de Durango y que el autor atribuye a la incapacidad de Calderón para incorporar a su gobierno a la clase política duranguense, la cual, desplazada por la llegada de los fuereños y amenazada en sus intereses económicos, permaneció resentida y le cobró las afrentas dejando en el olvido toda su obra de gobierno.

Podemos afirmar que esta amnesia duranguense, reflejada no sólo en la historiografía, sino en la memoria colectiva de la población, fue producto del recelo con el que desde entonces fue visto el gobierno de Calderón, por parte de algunos grupos conservadores, quienes, al desconocer la labor del gobernador advenedizo que los marginó de la vida política estatal, en el fondo siempre descalificaron la obra social del cardenismo en Durango.

El trabajo de Pavel Navarro es una valiosa aportación para la historiografía contemporánea duranguense: amén de revalorar un pasado condenado y olvidado, descubre elementos inéditos para un balance histórico sobre el cardenismo y sus relaciones con los estados. Además, enmienda algunos errores que se han estado transmitiendo en la historiografía relacionada con estos años y da la respuesta a preguntas que se habían quedado sin contestar.

Graziella Altamirano Cozzi
INSTITUTO MORA